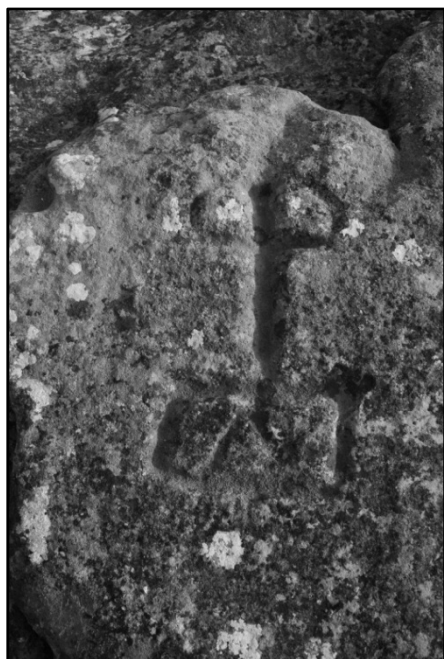


# **LOS SECRETOS DE LAS PIEDRAS EN VALPALMAS**

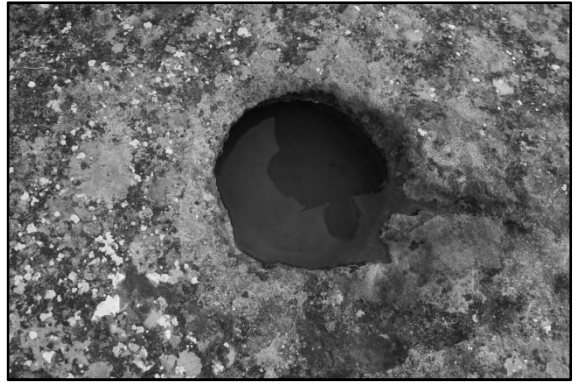
Un artículo de don Antonio Beltrán, publicado en el Heraldo de Aragón el día 9 de julio de 2001, me animó a ponerme en contacto con José Lafuente, alcalde de Valpalmas, para visitar y conocer algunos de los elementos pétreos de esta localidad que podrían haber tenido un uso ritual. En dos viajes, bien acompañado por José, David Llera y Francisco Luna, pude conocer algunos de esos trabajos que los antepasados dejaron labrados en los bloques pétreos.



El primero, por el que yo mostraba gran interés, fue el grabado o petroglifo que viene señalado en el camino como “cruz lígnea”; fue una sorpresa ver que a esta cruz le habían aplicado el adjetivo de “lígnea”, vocablo que tiene su origen en “lignum”, que significa madera (deduzco que el que puso este nombre querría referirse a “lítico”, que hace referencia a piedra). Bien, hecha esta salvedad, quedé sorprendido por esta interesante cruz latina de unos 35 cm, con un arco que une los tres puntos superiores, y con el extremo inferior rematado por un rectángulo, dentro del cual se prolonga la línea vertical de la cruz abriéndose en una V invertida. La roca contigua, que es una escisión de todo el conjunto pétreo, muestra algunas cazoletas de tamaño medio que bien podrían haber tenido un uso ritual, posiblemente libaciones, relacionado con la petición de agua o con el agradecimiento a la Madre Tierra por los frutos por ella ofrecidos; Entre estas cazoletas hay talladas dos pequeñas y sencillas cruces que bien podrían ser la cristianización de este lugar.

Muy cerca de éste petroglifo visitamos otra singular roca llamada “Las Pilas” que, a primera vista, me sugirió una funcionalidad como lagar rupestre, por su tipología similar a otros elementos destinados a este uso que hemos encontrado en otros lugares. Su composición es la habitual para esa transformación de la uva, es decir, una pila de gran tamaño y escasa profundidad en la que se pisarían los racimos, y a una escala inferior otra pila de menores dimensiones y más profunda en la que se recogería el mosto obtenido en la pila grande y trasvasado por un agujero que las comunica. Este mosto sería recogido en recipientes y trasladado a las bodegas, por lo que la transformación se realizaría en el campo, evitando el transporte de la uva hasta el pueblo y regresar al viñedo con el orujo o brisa que serviría para abonar la tierra. Pero esta teoría se echa a perder en el momento que la pila de mayor tamaño, la que supuestamente serviría para pisar la uva, muestra en su base una gran pileta tallada de casi un metro de diámetro y unos 20 centímetros de profundidad, en la que quedaría depositado el mosto resultante de la pisada, sin poder pasar a la

segunda pila. En este caso me ocurre lo mismo que dejó escrito don Antonio Beltrán sobre este conjunto *“Pero quede dicho que se trata de muestras de actividades artesanas y seguramente rituales, que algo cuentan de tiempos pasados, sin que sepamos cuales”*. Pienso como don Antonio que este lugar bien podría haber tenido un uso ritual.



Y la duda también me asaltó en el siguiente conjunto pétreo que visitamos y que recibe el nombre de “las piletas del corral de Paquito”. Se trata de un roquedo compuesto por tres elementos tallados en la piedra; por un lado tenemos una pileta rectangular de poca profundidad (actualmente rajada por la mitad debido a la presión de las raíces de un enebro que ha nacido entre la grieta); junto a ella otra más pequeña también rectangular, de más profundidad y con una entalladura en su cabecera; y al lado otra en forma de media luna. Estas dos últimas abiertas al exterior y talladas de tal modo que no pueden contener líquidos, lo que descartaría la posibilidad de un uso como lagar, pues tampoco hay comunicación entre las dos primeras pilas. Podríamos pensar que esta estructura debió ser excavada para un uso ritual ya que se encuentra muy cerca de yacimientos del Bronce Final y de la Primera Edad del Hierro.

Y siguiendo con nuestros paseos en busca de piedras que muestren la impronta del ser humano, nos acercamos a ver el petroglifo grabado en una roca del campo de Casa Sánchez. Se trata de una pequeña inscultura en la superficie de una piedra, que se muestra a menos de un metro de distancia de una cazoleta que debió tallarse para un uso ritual como en la mayoría de este tipo de elementos. La forma de este grabado es una cruz insertada en un cuadrado, con una de sus líneas que sobresale del mismo, asemejando una parrilla o una doble cruz.

Visitamos también La Atalaya, que es un conjunto de bloques pétreos en uno de los cuales, que abre un amplio espacio al solano, hay excavados unos mechinales que servirían para soportar los maderos de una techumbre que daría cobijo a los campesinos que trabajaran estos campos y para guardar los aperos. Sobre la roca, como casi siempre, alguna cazoleta nos traslada al mundo de los rituales.

Y para culminar nuestras excursiones, la ermita de San Martín, a la vista tras el incendio que arrasó el monte bajo, nos ha mostrado los restos de lo que probablemente fuera un poblado, dada la cantidad de sillares y piedras de mampostería que forman un perímetro rodeando el alto del cerro. Un cerro que preside la vida de los vecinos de Valpalmas que, día a día, se afanan por recuperar y divulgar las tradiciones y la historia de sus antepasados.

**Eugenio Monesma Moliner**

**19 de febrero de 2013**